

NECROMANÍA

HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA

Profanaciones, secuestros de cadáveres,
manipulación de cenizas y funerales mediáticos

CLAUDIO R. NEGRETE



SUDAMERICANA

CLAUDIO R. NEGRETE

NECROMANÍA

HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA.
PROFANACIONES, SECUESTROS DE CADÁVE-
RES,
MANIPULACIÓN DE CENIZAS
Y FUNERALES MEDIÁTICOS

Sudamericana

AGRADECIMIENTOS

En primer término quiero hacer un especial agradecimiento a la historiadora María Cecilia Alegre, amiga que hace quince años me viene acompañando con su capacidad profesional y su afecto personal en todos mis trabajos de investigación.

A los historiadores Gabriel Di Meglio, Eduardo Lázzari y Hugo Chumbita, al ex soldado Claudio Guida, al arquitecto Julio Cacciatore, al doctor Carlos Francavilla, a Ricardo Salim, a Eduardo Hurrey, a Ricardo Péculo y a la doctora Victoria Villarroel, quienes brindaron valiosa información para este trabajo.

A los aportes dados por los periodistas Cristian Alarcón, Marcel Franco, Gustavo Carabajal, Raúl Kollmann, Fernanda Balatti, Fabio Ladetto, Sergio Rubín, Juan Alonso, Roberto Muñoz, Diego García, y al fotógrafo Pablo Cerolini.

A Jorge Jaunarena, quien supo entender el sentido de este ensayo procesando información y testimonios relacionados con el delicado y sensible tema de los desaparecidos en el país.

A la docente en Teología Maruca Cabrera, al rabino Sergio Bergman, a los psicólogos Germán García y Eduardo Glug, al psiquiatra Eduardo Padilla y al psicólogo social Joaquín Pichon-Rivière, quienes me ofrecieron lo más preciado de sus conocimientos y reflexiones para procesar el material reunido y entender las claves de la necromanía argentina.

Al amigo de siempre Laurian Lordache, quien entregó mucho tiempo personal para pensar juntos y compartir silencios sobre el sentido de la vida.

Por último, debo reconocer que, sin el impulso inicial y el entusiasmo que me brindó desinteresadamente la doctora Adriana Amando Suárez, este libro nunca se habría realizado.

*A mi hermano Marcelo y a mis sobrinos
Manuel y Francisco*

*Dios no es Dios de muertos,
sino Dios de vivos.*

MARCOS 12, 18-27

PRÓLOGO

Desde los tiempos anteriores a la Revolución de Mayo, la historia argentina registra una sucesión de excesos con la muerte. En el lugar que en la actualidad ocupa la Plaza de Mayo se solían depositar los cuerpos de los muertos que no tenían familia. Hasta 1593 funcionó la primitiva Catedral de Buenos Aires en la manzana donde actualmente se ubica la casa central del Banco de la Nación Argentina, y junto a ella había un camposanto donde se enterraban los cuerpos de los primeros habitantes de estas tierras, muchos de ellos sin identidad, pobres, negros e indios. Ese lugar era conocido como “el hueco de las ánimas” y se dice que quienes eran abandonados allí no merecían el cielo. En el Cabildo también eran dejados los muertos pobres que no tenían dónde ser enterrados; se les colocaba una lata a un costado para que la gente pusiera monedas y así reuniera el dinero para darles sepultura. Después los ataban a la cola de un caballo y los llevaban hasta el cementerio. En el recorrido quedaban destrozados.

Dos años después de la Revolución de Mayo, un esclavo llamado Ventura denunció que los españoles conducidos por Martín de Álzaga, héroe de las Invasiones Inglesas, planeaban apoderarse de Buenos Aires con la complicidad de Montevideo. El Primer Triunvirato llegó a la conclusión de que la información era cierta y procedió a detener y ejecutar a los implicados. Treinta y tres españoles fueron

fusilados y colgados durante tres días en las horcas ubicadas en la Plaza de la Victoria, frente al Cabildo. Y, entre ellos, se encontraba el mismísimo Martín de Álzaga. Fue una ejecución multitudinaria. Dicen los relatos de la época que “su muerte fue tan aplaudida que cuando murió se gritó del público espectador ¡viva la patria! varias veces. Aun en la horca lo apedrearon y le proferían a su cadáver mil insultos, en términos que parecía un Judas de sábado santo”.

En los años posteriores a la Revolución de Mayo era común ver en lugares públicos los cuerpos de los ahorcados o empalados por la autoridad, o las cabezas de los asesinados que iban de un lado al otro como trofeos de guerra. Muchos años después, el famoso perito Moreno llegó a tener miles de cráneos y huesos de indios que habían sido asesinados en las sucesivas campañas del desierto. Para que no cayera en manos de sus enemigos federales, los seguidores del general Juan Lavalle se llevaron su cadáver recorriendo miles de kilómetros con destino a Bolivia hasta que se les pudrió. Dos ministros del presidente Julio Argentino Roca se robaron los dientes del general Manuel Belgrano cuando sus restos fueron levantados de la tumba con motivo de la construcción del monumento que hoy los conserva. Y las cenizas de Lola Mora estuvieron durante años enterradas bajo la vereda de la capital tucumana. Más tarde, en esa misma ciudad, las necesidades políticas hicieron llevar los restos de Juan Bautista Alberdi para que Palito Ortega terminara siendo gobernador de esa provincia. El cuerpo de Evita fue momificado, manoseado, orinado y escondido tras recorrer miles de kilómetros entre continentes y sufrir un exilio de casi dos décadas. En cambio, el del general Juan Perón pudo tener un homenaje póstumo, pero en medio de un tiroteo y sin importar que su cadáver estuviera mutilado en varias partes. Su padre conservaba en la casa familiar la calavera de Juan Moreira, y el llamado Capitán Gandhi de la revolución que derrocó al presidente se paseaba con el cráneo de Juancito Duarte para atemorizar a peronistas. López Rega quiso repatriar el cadáver de Evita con la intención de salvar el gobierno de Isabelita, pero antes los montoneros secuestraron el féretro con el general

Aramburu dentro para forzar un canje de muertos. También Lopecito imaginó un Altar de la Patria donde pondría a todos los muertos ilustres del país, empezando por él, desde ya.

Los músculos del cuello de Alicia Muñoz fueron robados para que no se culpara a Carlos Monzón de haberla asesinado. Las cenizas de Pappo descansan en una plaza del barrio de la Paternal, donde sus fans se juntan a escuchar y tocar su música. Zulema Yoma dice que le robaron la cabeza de su hijo Carlitos Menem, y a quien esté dispuesto le muestra el video de la autopsia. En plena investigación por el asesinato de María Soledad Morales se robaron de la Catedral de Catamarca el corazón momificado de fray Mamerto Esquiú, que luego fue encontrado en un techo, y años después se lo llevó un loco que terminó tirándolo a la basura. Las canchas de fútbol están sembradas con las cenizas de fanáticos; las de Mercedes Sosa fueron repartidas entre Tucumán, Mendoza y Buenos Aires; y las de Tomás Eloy Martínez, despedidas con música de Mozart y Astor Piazzolla, y gin tonic con papas fritas. Los fieles seguidores de la Difunta Correa, Gardel, Gilda, Rodrigo o el Gauchito Gil peregrinan hacia sus tumbas para pedir milagros. Una vez asesinada, se intentó cremar el cadáver de María Marta García Belsunce para que no se supiera la verdad de su crimen. Los rostros de los muertos por los atentados a la embajada de Israel y la AMIA, de Cromañón y de las víctimas de la violencia que nos recuerdan las Madres del Dolor deambulan por las calles de las ciudades encabezando las marchas que reclaman justicia. Los policías de la Bonaerense se meten en ataúdes para protestar porque no les dan los elementos para cumplir con su trabajo. Y los desaparecidos no son otra cosa que muertos castigados con perversión porque se les ha negado el derecho a ser despedidos por sus seres queridos; se los quiso condenar al olvido.

Cuando se realizaron las elecciones de 1983, un equipo de la televisión colombiana llegó a Buenos Aires para hacer la cobertura del retorno de la democracia en la Argentina. Hicieron varias notas sobre las posibilidades de cada partido y de los candidatos, y cuando

se contactaron con una de las agrupaciones nuevas preguntaron con algo de desconcierto e ingenuidad: "¿Y éstos a qué muerto siguen?".

En el momento del anuncio de que Río de Janeiro había sido elegida como la sede de los Juegos Olímpicos de 2016, se vio por televisión al presidente Luiz Inácio *Lula* da Silva y a Pelé abrazarse y llorar de felicidad mientras decenas de miles de brasileños ganaban las calles bailando de alegría. Paralelamente y en los mismos informativos internacionales de televisión la noticia más importante de la Argentina eran los llantos de despedida de los familiares de los soldados muertos en la Guerra de Malvinas, que viajaban a las islas para inaugurar un cenotafio. Cuando un brasileño se juega a fondo con un amigo o tiene un compromiso suele decir: *Pode contar comigo para o que der e vier*, o también: *Pode contar comigo para toda a vida*. Ambas expresiones quieren decir conceptualmente que "podés contar conmigo para siempre". En cambio, nuestra cultura nos enseñó a decir: "A vos te sigo hasta la muerte". Y así se sucede una serie de expresiones que muestran esa costumbre a pararnos siempre sobre la muerte: "Si pierdo el trabajo, me mato". En términos futbolísticos, "sos un muerto hijo de puta", y a la peor zona del Mundial la llamamos "zona de la muerte". Si hay mal de amores: "Me muero si no me llama". La amenaza también dice presente: "Andate de aquí porque te mato". Y los adolescentes tienen incorporada la siguiente frase: "Qué garrón, me muero...". En política es común escuchar: "Se murió la candidatura de...", y cuando un proyecto no tiene futuro se afirma que "va en camino muerto".

¿Qué extraña relación hemos desarrollado los argentinos con la muerte? ¿Por qué manipular y venerar a los muertos fue y es una práctica aceptada por todas las clases sociales, los credos y las ideologías? ¿Por qué los próceres de nuestra historia son homenajeados los días de sus muertes? ¿Qué hace que en la Argentina el destino de un cadáver se transforme en una cuestión de Estado y en violentas luchas políticas? ¿Qué raro gen cultural tenemos que les negamos a nuestros muertos el descanso en paz que merecen? ¿Por

qué se los castiga impunemente y se los deshonoran? ¿Cuánto describe y habla de nuestra sociedad esta costumbre de manipular la muerte?

“Manía” proviene del griego, y significaba locura. Se dice que un paciente es maniaco cuando tiene un excesivo grado de excitabilidad psíquica, con euforia y desequilibrios emocionales. El maniaco no necesita dormir, no para de hablar, y si se lo contradice se violenta. Una manía describe una obsesión, y el delirio maniaco se mueve por impulsos y movimientos violentos. Pero, sobre todas las cosas, una manía es una forma de locura dominada por una idea fija. También a las sociedades les pasa lo mismo. ¿Tenemos los argentinos una idea fija con la manipulación de la muerte? Una cuestión es su presencia como algo natural, con sus prácticas y ritos, y otra es el manoseo y el culto exagerado hacia ella. La historia demuestra que los argentinos padecemos de una extraña patología que en este ensayo denominé necromanía, es decir, una manía no reconocida de abusar de la muerte —con todo lo que ello implica— y sus excluyentes protagonistas, los muertos.

En estos doscientos años de existencia hemos desarrollado una cultura necrómata que se expresa en la literatura, en la historia, en la política, en las manifestaciones populares, en el deporte, en los medios de comunicación. Como sociedad, todo indica que estamos empeñados en seguir removiendo las cenizas de los próceres, sustraer cadáveres, usar a los muertos como instrumentos de lucha social y robar sus partes como venganzas inconfesables.

En lugar de conmemorar nacimientos, solemos recordar siempre las muertes. El día del fallecimiento del general Manuel Belgrano es el Día de la Bandera; el de Domingo Faustino Sarmiento, el Día del Maestro; la muerte de Ricardo Rojas instaló el Día de la Cultura Nacional; el asesinato del reportero gráfico José Luis Cabezas, el Día Nacional del Reportero Gráfico; el Día Nacional de la Danza se debe a la tragedia aérea en la que murieron los bailarines José Neglia y Norma Fontenla; el Día del Conscripto Naval es en homenaje al marino Anacleto Bernardi, que murió salvando vidas en el hundi-

miento del transatlántico *Principessa Mafalda*; el Día del Canillita, por la muerte de Florencio Sánchez, y el del Dibujante, por la de Alberto Breccia. Los feriados nacionales, muchos de los cuales se sancionaron para recordar las fechas de las muertes de quienes fundaron el país, se fueron corriendo de día hasta definir una nueva atracción social, los llamados “fines de semana largos”, que buscan promover el negocio turístico. Son una profanación de sus memorias.

Allí donde alguien se mató en una ruta hay una cruz para no olvidar nunca más el exacto lugar donde dejó la vida. Es la tragedia la que instala el recuerdo, y el dolor está ahí con toda su carga emocional, por eso hay que eternizarlo en la cruz. La televisión se transformó en una casa fúnebre virtual donde una catástrofe o la muerte de un artista popular se explotan al máximo para atraer audiencia, y ésta a más anunciantes. Es la necromanía mediática. Hasta el cuerpo intocable de San Martín es acechado recurrentemente con la intención inconsciente de ser violentado.

Dicen los especialistas que al profanar un cuerpo se busca destruir lo que tiene de sagrado y su memoria. El origen de este comportamiento social abrevia en la característica del vínculo que establecen los seres vivos con la muerte, cómo se la acepta y qué se hace con ella. Este enigma nos cruza a todos por igual, pero la forma de resolverlo no siempre es la misma. Explica el antropólogo francés Louis-Vincent Thomas:

Entre las especies animales, la humana es la única para quien la muerte está omnipresente en el transcurso de la vida (aunque no sea más que una fantasía); la única especie animal que rodea a la muerte de un ritual funerario complejo y cargado de simbolismo; la única especie animal que ha podido creer, y que a menudo cree todavía, en la supervivencia y el renacimiento de los difuntos; en suma, la única para la cual la muerte biológica, hecho natural, se ve constantemente desbordada por la muerte como hecho de cultura.

Aunque nos llene de angustia, la finitud marca como una cuenta regresiva el fin de nuestros días y también el de las sociedades. Es imposible imaginar la vida sin la muerte. Ambas se complementan, se necesitan, se explican, se justifican. Una no existe sin la otra. La vida y la muerte, o la muerte y la vida, son los desafíos sublimes que debe experimentar el ser humano. Es estado de conciencia en su más pura esencia. Todo envuelve a ambos misterios. La vida suele darnos algunas pistas. La muerte, ninguna otra que no sea la fe. La conciencia de sentirse vivo sólo puede ser entendida cuando se la enfrenta a la finitud. Y ésta impone la angustia más profunda que se pueda experimentar porque dice que lo que existe ahora dejará de existir en un instante, desaparecerá, con ausencia de memoria de lo que suceda después.

No hay acción de la vida que no tenga su contracara simétrica con la muerte. El nacimiento es una afrenta a la muerte; el amor, el sexo, los excesos, también. Así, nuestra civilización va por la vida cargando con el karma del propio fin. Por eso no hay explicación racional a tanto abismo y ansiedad. Esta angustia que abraza al ser humano dispara la necesidad de ser ocultada, negada, evadida. En consecuencia, a lo largo de miles de años se han construido complejos, conflictivos y hasta violentos sistemas de vínculos humanos, mecanismos fácticos y psicológicos que permiten atenuar esa sensación desagradable e incómoda. Y la idea que se impone para evadirla es la creencia de una trascendencia más allá de la vida. Poder, religión, dinero, fama, hijos son útiles para apaciguar el vacío.

En la manipulación de la muerte hay una búsqueda de trascendencia, algo así como "soy más que el muerto y por eso hago lo que quiero con él". Para los manipuladores, el muerto vive, y por eso se lo toma como sujeto de vínculo. Hay otras interpretaciones. Para el psicoanalista Germán García, manipular la muerte puede tener un profundo trasfondo romántico. Recuerda que en la Edad Media a la mujer fallecida se la llamaba la "amada muerta", era el amor al cadáver bello aunque se descompusiera miserablemente. Era saber que la belleza se iba a destruir y por eso se la adoraba. Para el

especialista, la exhibición de una calavera es en sí un símbolo de vanidad humana: se ubica ahí para recordarnos que estamos en el mundo y que un día dejaremos de existir.

El proceso de asimilación de la muerte es común y complejo para todos los seres humanos. El asombro en la niñez al verla por primera vez con ojos propios. Sentir más tarde el dolor y la angustia de la desaparición de los seres queridos. El surgimiento de la conciencia sobre la finitud. Dice Germán García, en relación con la manipulación de cadáveres, que en esos casos lo sagrado y lo profano suelen alimentarse recíprocamente porque todo ritual social tiene como punto de proyección de sí mismo lo negativo. Esto es, la vida con la muerte. Las personas utilizan los cuerpos sin vida como un puente invisible hacia el misterio del "más allá", que aparece en nuestra cultura desde los principios de la noción del ser individuo.

La tumba en la tierra representa lo individual, y la bóveda, la casita del sujeto muerto que le da entidad social. Por medio de ese básico ritual los vivos se reconocen a sí mismos y suelen tomar derechos sobre los muertos. Un cadáver es una especie de microcosmos del alma del muerto, al que se puede humillar o adorar, denigrar o exaltar.

Las relaciones con la muerte son misteriosas. Por ejemplo, la magia blanca opera con los muertos por imitación. Se construyen muñecos de cera iguales a la persona fallecida como objeto de representación y se trabaja sobre ellos. En cambio, la magia negra lo hace con algo del cuerpo de los muertos: una uña, un pelo o un fragmento sirven para simbolizar al todo. Entonces se le hace daño, se lo vengamos. Esto fue lo que ocurrió con las profanaciones de los cadáveres de Evita y Juan Perón. Así como mucha gente suele guardar cosas de sus muertos, el hecho de haberse llevado las manos del cuerpo de Perón tiene también ese significado cultural de apropiación de la muerte ajena.

Una exaltación de ese culto a los muertos y a la muerte que profesamos los argentinos —este libro contribuye a ello— fue la exhibición pública de cadáveres conocida como “Bodies”, que se realizó en un shopping de Buenos Aires con el auspicio de importantes empresas que aprovecharon el evento para desplegar su marketing corporativo. Más de doscientos mil argentinos pagaron sus entradas para ver un espectáculo único. La morbosa atracción de mujeres, hombres y niños, que desfilaron por los ambientes en penumbras, se centró en clavar los ojos en cadáveres chinos previamente sometidos a un sistema de plastificación de los tejidos, cuerpos humanos tan reales como si recién se hubieran encontrado con la muerte. Cada músculo minuciosamente diseccionado en cuantas partes la naturaleza le dio. Genitales expuestos sin pudor, pulmones ganados por el cáncer, corazones infartados, hígados cirróticos, lenguas de varios tamaños e intestinos puestos como en una carnicería eran el deleite de los visitantes de todas las edades, que, como un juego de semejanzas, se reían de sus propias miserias mortales. Poco importó que detrás de esos cuerpos momificados y descuartizados pudieran existir historias de vida, hombres y mujeres que sufrieron y amaron como cualquiera de sus observadores. Todo un éxito que repitió temporada en el verano de 2010 en Mar del Plata con gran despliegue publicitario.

En el imaginario social el muerto es amenazador, y así lo revelan las fantásticas y populares historias del Conde Drácula o Frankenstein en las que el muerto siempre vuelve porque es tratado como un vivo, con valores sociales. La cultura occidental que heredamos es fuerte y determinante en este sentido. Desde la fe, las religiones plantean una salida al dilema: hay vida después de la muerte. El mensaje es claro: a no desesperar porque de alguna manera la vida continúa y la muerte es sólo un accidente, aunque nada se sepa de ella. Entonces, humanicemos a la muerte.

El universo judío cree en la resurrección de los muertos, en la trascendencia del alma y en la reencarnación en vidas sucesivas. El cuerpo es el pequeño santuario, lugar donde habita el alma. Es im-

puro al morir, por eso se lo purifica lavándolo antes de enterrarlo, y se lo viste con mortajas blancas de lino para ir al juicio final con el manto tradicional. Se lo deposita en tierra y en el fondo del ataúd se rompen las maderas para que el cuerpo tenga contacto con esa tierra. El cuerpo tiene que volver a la tierra de donde vino. Polvo eres y polvo serás. Después hay un duelo de siete días, y al año se acostumbra descubrir una placa o un monumento en el cementerio. Los rabinos impusieron a los deudos una oración comunitaria en arameo, que no habla de la muerte sino de la vida y de la exaltación del nombre de Dios. La oración de recordación es una alabanza a la vida. Se respetan los tiempos del duelo y del dolor, pero el recuerdo se sostiene en la vida y no en la muerte.

Para los judíos, la muerte de Jesús fue un escándalo, y para los romanos, una vergüenza. En cambio, para los cristianos representa el triunfo: Cristo vence a la muerte por la resurrección, y a partir de ahí todos los cristianos mantienen la obsesión de la resurrección final. La gran fiesta de Semana Santa les recuerda que la vida gana por sobre la muerte. El culto a los muertos es, en definitiva, el de aquellos que están a la espera de la resurrección.

Pero a pesar de esta creencia aceptada en la vida cotidiana, la cultura católica considera el dolor un elemento central en sus ritos. Basta con entrar en cualquier iglesia para comprobar que su simbología tiene como eje a la muerte. La imagen de Jesús moribundo en la cruz es dominante y excluyente. Los fieles veneran más al Jesús de la muerte, el Hijo de Dios perseguido, torturado y asesinado tras una penosa agonía, que al de la resurrección y la vida eterna.

Así, el dolor y la injusticia conmueven al alma humana y sirven de antesala para la recompensa de que hay algo después de la muerte. El éxito mundial que tuvo la película *La Pasión de Cristo*, dirigida por Mel Gibson, impactó a millones de espectadores precisamente porque mostró las formas más violentas y descarnadas de un Jesús castigado, torturado, golpeado, deformado su cuerpo hasta la muerte. La sangre fue la principal protagonista del film, con primeros planos de Jesús sufriendo a mares, ganado por el miedo a mo-